

sangre y fuego. Era la época en que Felipe IV prodigaba los tesoros acumulados por sus abuelos el César y el Dictador, adquiriendo lienzos de los grandes pintores del Renacimiento para sus pinacotecas; y dejaba preparar la desmembración de España mientras escribía comedias de las cuales aún vive en la escena una, *El Diablo Predicador*, calzándolas con el nombre de pluma de *Un Ingenio de la Corte*. Era el buen tiempo en que el Rey dejaba que cayera su ministro el Conde Duque de Olivares, derribado por una sátira del histrión temible Quevedo.

La fiebre de la producción literaria radicó en el teatro y llegó á tal grado que Lope, el Príncipe, componía noche á noche obras dramáticas hasta legar al mundo más de dos mil. El ingenio exudaba sangre para encontrar un molde nuevo, para inventar una fábula, para explotar las intrigas, agotadas ya, de la Corte. Las historias galantes se multiplicaban; las travesuras de amor necesitaban salpimentarse cada vez más para que gustaran á paladares estragados.

Por aquel entonces, un día surgió en Madrid un dramaturgo nuevo entre la pléyade de dramaturgos. Su nombre era oscuro y su procedencia remota. Llegaba laureado por un triunfo literario en Sevilla y era presentado á la Corte por Miguel de Cervantes Saavedra. Era americano de la Nueva España; pero un americano era entonces un indiano, y Cervantes agonizaba de miseria entre los mimados de la fortuna, por más que fuese superior á ellos, por más que fuese genio entre los genios. Además, el indiano no llegaba prodigando el oro de su país fabuloso en riqueza, de su país que había enriquecido á España; el rival llegaba pobre, desprovisto de rango y fortuna; y bajo su frente espaciosa y pura, bajo su mirada viva y esplendorosa, bajo su nariz de águila, bajo su boca

purificada como la de Isaías para loar á la verdad, la naturaleza había puesto, en mayor realce de tan peregrino intelecto, el cuerpo lamentable de Esopo.

Aquella inteligencia habíase abrevado en la poesía, alma superviviente y eterna, de las lenguas muertas; había seguido la evolución que el Arcipreste de Hita, Juan de Mena, Don Alfonso el sabio, habían hecho de la fabla de Castilla; y sintiéndose atraído como mariposa de gloria por el foco de luz de la Corte de las Españas, dejó la universidad de México, pasó el Océano, y robustecido su cerebro en la Complutense, llegaba á Madrid con la pujanza de su intelectualidad, con la serenidad de su valía, con la confianza de su fuerza como solas y bastantes armas para luchar con los mejores.

Entonces vióse una cosa admirable. Aquel oscuro advenedizo conocía al dedillo las costumbres de la Corte, y, lo que es más, las fustigaba. Flagelaba los vicios y proclamaba las virtudes sin ditiambos líricos, con una naturalidad asombrosa, tramando obras dramáticas que forzosamente, obedientes á su intelecto privilegiado y previsor, debían tener el fin laudable de abatir el mal realizando el bien. Todas las virtudes, todas las noblezas, todas las clemencias habían reflejado en aquella alma el alma de Jesús, y como el Divino Maestro, impugnaba escribiendo con el dedo en la arcilla.

Los ingenios de la Corte, asombrados, vieron que manejaba el lenguaje con más pulcritud que ellos. "Ningún escritor español, dice Hartzenbusch, ha poseído el lenguaje con más pureza, propiedad y corrección. No tememos asegurar que es uno de los mejores sino es el primero de los hablantes castellanos." La gracia, la docilidad, la sutileza, la flexibilidad de su arte en el decir, fueron cualidades que le valieron la envidia cuando no la indiferencia icosa extraña! en talentos tan